además el placer que sentía en ver de nuevo al padre del Conde á quien apreciaba tanto. Ni una palabra de política habían hablado. Sin embargo, los cuchicheos no cesaban y todo el mundo estaba atónito al notar tantas deferencias entre dos personajes de tan opuestas ideas.

—Comandante—dijo el Marqués al cabo de unos momentos,—deploro haber retirado mi candidatura de la circunscripción, por verme privado de la honra de teneros por adversario. Vencido, tendría al menos la certeza de que nuestro rincón de tierra estaba representado por un hombre digno y de excelente corazón. ¿Queréis dispensarme el honor de estrechar mi mano antes de lanzaros á la batalla?—añadió, tendiéndole la mano, que Verdier estrechó sonriendo, visiblemente satisfecho.

—¡Diablo! — pensó Ducasse.— ¡Un apretón de manos!

Los electores no sabían á qué atenerse.

—Es un hombre admirable este Marqués—dijo el comandante viéndole alejarse.

—No debéis hablar así, querido comandante—interrumpió Emilio.—Delante de mí no importa, pero si os oyeran...

—¿Qué queréis decir con eso?... ¡Si me oyeran!... Pues bien, si me oyeran, me oirían.

—¡El Marqués es legitimista!

—¿Qué tiene que ver eso con sus buenas cualidades?

—Consultad al Sr. Fournerel—dijo el joven parlamentario como si declinase la responsabilidad en el debate.

El veterano pensaba que, en efecto, era muy peligroso hablar y dar apretones de manos á un legitimista en el momento de presentar la batalla decisiva á electores republicanos. ¡Y si al menos el Marqués hubiera estado solo!... ¡Pero acompañado de Potermet!... ¡Hablar á Potermet! ¡Conocer á Potermet!

—¡Pues no le conozco después de todo! ¿Quién es ese Potermet?

—El antiguo agente electoral de Dulaurier y de Balleydier.

Todos esos nombres causaban al comandante el mismo efecto que si fueran vocablos de idiomas extranjeros y desconocidos por él. ¡Balleydier! ¡Dulaurier! ¡Potermet! ¡Jamás los había oído nombrar hasta aquel momento!

—Sepamos— interrumpió — ¿qué pueden influir esos nombres, desconocidos para mí, en mi elección?

—Comandante, en los escrutinios como en las revoluciones, la menor cosa, el más ligero incidente, á veces, hace cambiar por completo el triunfo. ¡Quizás os arrepintáis algún día de ese apretón de manos!

—¡Nunca se arrepiente uno de haber estrechado la mano de un hombre de honor!

Ducasse se encogió de hombros, como diciendo: ¡Tú contento!...

Un hombre apareció pregonando un periódico: *La Anguila de Melun.*

—¿Quién es ese que vende el periódico?

—Le conocéis, mi comandante. Os he hablado de él. Es un antiguo soldado de la batería... ¿No os acordáis de Poniche?

—¡Poniche!—dijo el oficial, á quien recordaba este nombre el de un artillero que estaba siempre castigado en la corrección.

El vendedor continuaba gritando con toda la fuerza de sus pulmones y con voz aguardentosa:

—¡El nuevo periódico de Melun!... *¡La Anguila!* ¡Quién pide *La Anguila!*...

Se paraba á las puertas de las casas, de donde salían apresuradamente á comprársela. Sacaba un número de su cartera, recibía los cinco céntimos y, haciendo un gesto burlón, continuaba pregonando la mercancía.

—¿Sabe siquiera lo que vende?—dijo en alta voz Verdier, á quien el ver que compraban el periódico exasperaba.

¡Se reirían de él, de Verdier, en las tabernas y figones! ¡Aquellas gentes repetirían la sangrienta burla del gacetillero! «¿Qué artillero es ese á quien se paga por matar á los hombres y les salva? ¡Que nos devuelva nuestro dinero! ¡Quitarle los galones!»

Se fué derecho á Poniche, apesar del sol que abrasaba, y se puso en medio de la plaza delante del antiguo artillero, quien al fijarse en él se quedó con la boca abierta y llevando instintivamente la mano, como á la visera del ros, á la de la gorra en que se leía el título del periódico del escándalo, exclamó:

—¡Mi comandante! ¿No me equivoco? ¿Sois vos mi coman...

—¿Y eres tú—dijo Verdier—el que hace la propaganda de *La Anguila?*

—¿Qué queréis, mi comandante? Las circunstancias...

—¡Un magnífico periódico!... ¿Sabes lo que trae contra mí?

—Lo sé y no lo sé, mi comandante... Lo sé; pero no entiendo una palabra del particular...

Poniche pronunciaba estas palabras mirando la cartera donde llevaba los números del periódico, que Verdier parecía estar dispuesto á echar al diablo.

—¡Oh! el comandante no tiene la sangre fría que requiere la política—pensó Ducasse adivinando la cólera que ahogaba á Verdier.—¡Muy fino hace un instante con el Marqués, con el candidato legitimista! ¡Muy violento ahora con ese pobre diablo!... ¡Malo!... ¡malo!...

El comandante, advirtiendo la turbación de Poniche, le preguntó:

—¿Te pagan mucho por ese *honrado* oficio?

El antiguo soldado no contestó.

—Vamos á ver, Poniche: tú sabes bien que no hay ni una palabra de verdad en todo lo que cuenta ese periódico de mí, y sin embargo...

—Eso es verdad, mi comandante, ni una palabra. ¿A quién se lo contáis?... Es preciso ser muy perverso y tener miras particulares muy bajas y rastreras para proceder así.

—¡Sí; pero así y todo, tú distribuyes y vendes ese infernal papel!

—¡Es verdad... pero no hago en ello más que ejercer un oficio!

—¡Un oficio infame!

—¡Oh! Sé muy bien que no me darán una cruz de honor por eso, mi comandante; pero es preciso trabajar en algo para ganar la comida, y uno toma lo que encuentra.

—Lo que yo creo que tratas tú de ganar es la *bebida*...

—También. Cuando se ha tomado la costumbre de empinar el codo, no se pierde tan fácilmente. Es el defecto que tiene también el Sr. Guenaut, con el cual hace mucho daño al partido.

—¡El Sr. Guenaut!...

—Sí, señor, mi comandante, el veterinario de Chailly.

—¿Qué daño hace el señor Guenaut?

—¿Qué daño hace?... Le pedí que me dejara distribuir, llegada la ocasión, vuestras proclamas,

y me respondió que estaba ebrio al pedirle semejante cosa; y en verdad que quien lo estaba era él, como lo prueba el que tenía todavía granos de uva aplastados en la frente. Entonces me dije:—¡Ah! me niegas la distribución de las proclamas del comandante; pues bien, tomaré las de Garousse. ¡Y como Garousse publica un periódico, yo lo vendo! Y esto no lo hago por perjudicaros, mi comandante. ¡Me importa muy poco Garousse, como debéis comprender, y me alegraría mucho de que!... Vendo *La Anguila*, es verdad. ¿Pero no la vendería otro si yo no lo hiciera? Si siguiera mis impulsos, desdoblaría los números de *La Anguila*, diciendo: «Tomad, leed; pero no creáis una palabra... Garousse y todos los que hablan mal del comandante son unos canallas...»

Verdier se desarmó al oirle hablar así. No guardaba rencor ni á Poniche, ni al redactor de *La Anguila*. Todo esto le parecía ahora una bufonada irónica, de la cual no debía hacer más que reirse. ¡Ah! ¡la política! ¡La política!

Se encogió de hombros y echó á andar sin decir una palabra más al vendedor del periódico. Este alzó la aguardentosa voz diciéndole:

—¿Me odiaréis por eso, mi comandante? ¿Me odiaréis? Si me habéis de odiar, arrojaré *La Anguila* al Sena.—Y cambiando de tono continuó:

—Pedid el periódico de Melun, la infame *Anguila*. ¿Quién compra *La Anguila?*

Los vecinos de Dammarie, que rodeaban á Fournerel, saludaron al comandante cuando éste se reunió á ellos, después de dejar á Poniche. Los apretones de manos que distribuyó entre ellos les hicieron olvidar la conversación de hacía un momento con el Marqués de Montbrun.

El droguero, que era un táctico como Ducasse, deslizó al oído del comandante que estando Garousse en el tiro público, muy cerca de allí, parecía prudente presentarse en él, donde además había mucha gente del país que podría influir no poco en las elecciones.

—¡Pues vamos al tiro!—dijo el comandante.

Las secas detonaciones de la carabina del Tiro se oían más distintas cada vez. A medida que se acercaban, y poco á poco, se fué formando numeroso cortejo alrededor del candidato. El estanquero, el droguero, el panadero y el maestro de escuela iban á derecha é izquierda de Verdier y detrás otros muchos. Ducasse y Fournerel cedían el puesto á estos electores influyentes, que, según se dirigían hacia el tiro, trataban de separar al candidato de los demás acompañantes para hacerle en tono confidencial y lastimero alguna petición.

El estanquero había sido maltratado por la autoridad de una manera inicua... innoble... con motivo de una riña habida en su casa entre dos operarios de la fábrica de dulces secos, y le pedía una carta para el juez de Melun.

El panadero estaba agobiado, sumamente agobiado; se llevaban á su oficial mayor á las grandes maniobras y tendría que buscar otro. ¿Y dónde encontrarlo? Además; su oficial mayor, su contramaestre, era un modelo de obreros por lo trabajador y lo honrado. En cuanto á votar... no había necesidad de indicárselo... ¿Por quién había de votar más que por el comandante? ¿No habría medio de lograr que le dispensasen de asistir á las grandes maniobras? ¡Cuatro letritas del comandante bastarían! Muchos habían conseguido esta dispensa. Y aquí el panadero citaba nombres.

El maestro estaba furioso con el arquitecto de la nueva escuela. ¡Era demasiado pequeña! El señor Verdier tendría ocasión de juzgar por sí mismo. Puesto que el Ayuntamiento había contraído deudas, se había empeñado para hacer la escuela, era preciso que al menos fuera extensa, *palaciega*, —palaciega, esta era su frase.—Los palacios de los Reyes de abolengo debían ser sustituídos por los palacios de los Reyes de la inteligencia. Y él tenía el propósito de mandar grabar sobre la puerta de entrada á la escuela la siguiente inscripción: «Aquí se forma el pensamiento.» El Sr. Verdier aprobaría este proyecto á no dudarlo.

El comandante oía, como el día anterior, zumbar en su oído estas diversas confidencias y no sabía qué hacer ni qué decir. Trataba de contestar con una palabra, con un gesto; pero las peticiones y los rue-

gos continuaban sin interrupción. Al percibir á lo lejos á Garousse en la puerta de entrada del tiro, respiró un poco tranquilo. ¡Su contrario! ¡Al menos éste no le haría ninguna petición!

El tiro estaba establecido en el camino de Chailly, y las detonaciones que se oían se asemejaban á los chasquidos de un látigo.

Verdier se aproximó, y al verle Garousse, le preguntó, después de saludarle con acento en que se notaba ligera ironía, si le guardaba rencor por la escaramuza de Chailly.

—Ninguno—dijo Verdier con frialdad.—Cada uno de nosotros estuvo en su puesto. Yo cumplí con mi deber y vos desempeñásteis vuestro oficio.

La frase fué lanzada con tal claridad que alegró á Fournerel y no desagradó á Ducasse. Garousse adoptó el mejor partido que podía adoptar: aparentó no haber comprendido.

—Después de todo—dijo,—eso no ha sido más que el preludio de la lucha. El comandante debe apercibirse para ella, pues será encarnizada, violenta, sin cuartel.

—¡Tanto mejor!—dijo Verdier.

Había tal firmeza en sus contestaciones que Garousse se preguntaba si era el mismo hombre de la víspera: ¡Como no fuera que la picadura de *La Anguila* le hubiese irritado como la banderilla irrita y enloquece al toro! ¡Tanto mejor! ¡Eso probaba que el artículo era oportuno!

Garousse no estaba, como la víspera, acompañado de Saboureau: éste había quedado en la redacción del periódico; pero tenía á su lado á los más ardientes partidarios de su causa, entre los cuales se contaba Germán Trouillard, quien, esperando obtener una buena plaza cuando Garousse fuera *padre de la patria*, hacía todo lo que él se imaginaba que podía agradar al *magnate*...

Trouillard examinaba la fisonomía del comandante con cierta fijeza pensando que un buen dibujo á lápiz, publicado por *La Anguila*, que representase á Verdier con su larga y roja nariz y la barba puntiaguda, tendría un ruidoso éxito en el periódico. ¡Ya lo pensaría más despacio! Entre tanto se disponía á burlarse un poco del artillero, que seguía abrigando la imprudente pretensión de medirse con Garousse, quien tan maltrecho le había dejado el día anterior.

Pero Trouillard y su señor se miraron instintivamente como contrariados cuando Fournerel, que tenía su proyecto, encaminado á dar importancia á su comandante entre los electores, aproximándose al dueño del tiro, le preguntó:

—¿Pueden tomar parte en el concurso los candidatos?...

—¡Ya lo creo que sí!—dijo el hombre que tenía en la mano la carabina. ¡El concurso está abierto!... ¡Faltan aún algunos tiros! Yo inscribo el nombre del tirador y la fecha en el cartón... Coloco el cartón en una caja cerrada y después, cuando se han com-

pletado los puntos, se adjudica el premio. ¡Esto es sencillísimo!

—¡Si gustáis, comandante!—añadió alargando la carabina á Verdier.

Este trató instintivamente de cogerla; pero Fournerel se interpuso, y volviéndose hacia Garousse, dijo con maliciosa sonrisa:

—¡No, no! Debe darse la preferencia al adversario!... ¡A vos, ciudadano Garousse, es á quien toca tirar primero!

Garousse, que se había puesto colorado como la grana, miró á Fournerel con rabia; pero el antiguo artillero, con burlona sonrisa, mostró la carabina y saludando militarmente al enemigo del comandante:

—¡Vamos á ver, ciudadano, cómo os portáis!—añadió.

Germán Trouillard, tratando de atenuar el mal efecto que había causado la actitud de Garousse por su vacilación en coger la carabina, preguntó si por acaso estaba la candidatura en el blanco.—¿No sería mejor—añadió—ponerla en lo alto de una cucaña?

Fournerel, recogiendo la frase, hizo reir, á costa de Trouillard, á las gentes de Dammarie con su buen humor de soldado viejo.

Garousse comprendió que era preciso obrar, y cogiendo bruscamente la carabina de manos de Fournerel, hizo fuego casi sin apuntar.

—Muy á la derecha—dijo el dueño del tiro con frialdad.

La bala había pasado á gran distancia del cartón, yendo á clavarse en lo alto de la pared. Los espectadores guardaron silencio, esperando un nuevo disparo.

Al segundo tiro se aproximó un poco más al blanco el tirador.

—Mejor; pero todavía muy á la derecha—repitió el hombre del tiro.

Garousse buscaba una frase para salvar su amor propio, y Trouillard miraba con encarnizamiento la impasible fisonomía del comandante.

—¡Apuntad bien ahora!—dijo el hombre, presentando de nuevo la carabina á Garousse, que sentía impulsos de tirarle con ella.

La bala horadó ligeramente el cartón—siempre á la derecha,—y esta insignificancia provocó un murmullo de aprobación entre los partidarios de Garousse. Este se irguió, y mirando con altanería á su alrededor:

—¡Tiraré siempre lo bastante bien—dijo—para derribar á los que intenten menoscabar las libertades del pueblo!

—¡Bravo! ¡bravo!—gritó Trouillard.—¡Eso basta!

Su mano buscó la de Garousse, y alrededor de ellos se agruparon sus partidarios, «con más apresuramiento—pensaba Ducasse—que si se tratase de correr á las armas.»

Siempre con la misma frialdad, el dueño del tiro presentaba ahora la carabina á Verdier.

—¡Ahora os toca á vos, caballero!

—¡Vamos, mi comandante!—dijo Fournerel.—¿Os acordáis de vuestro triunfo en Bayona? ¡Teníais un ojo!

—Y sigo teniéndolo—dijo el comandante sonriéndose.

Tomó la carabina, y con mucha sangre fría hizo tres disparos seguidos, atravesando las tres veces el centro del blanco como si éste hubiera estado pegado al cañón de su escopeta.

Eran de oír á cada tiro del comandante las exclamaciones y los bravos; Fournerel celebraba la destreza del comandante con el entusiasmo verdadero del soldado que se dejaría matar por su jefe.

Los demás espectadores batían palmas. Trouillard miraba desdeñosamente á Verdier, y Garousse, con no menos desdén, murmuraba, lo bastante alto para que lo oyesen los que le rodeaban y con la suficiente precaución para que no lo oyera el comandante:

—¡Cualidad de soldado!

El hombre del tiro había sacado el cartón del cuadrito de hierro que lo sostenía, y mirándolo al trasluz se extasiaba pensando en la destreza del tirador. ¡Soberbio! ¡Ni una centésima de milímetro se habían desviado una bala de otra! ¡Qué ojo!...

—¡Tan sólo de ese modo se puede pertenecer al

7.º de artillería!—exclamaba Fournerel riéndose.

Ducasse, viendo el efecto producido en las gentes de Dammarie por la destreza del comandante, no pudo menos de pensar filosóficamente en la acción que ejercen sobre las masas «los triunfos de la fuerza.»

El panadero, que era al mismo tiempo teniente de la compañía de bomberos, proponía á voz en grito nombrar á Verdier comandante honorario de bomberos-zapadores de la villa.

El sable tenía aún en Francia un prestigio que el mismo Pitt hubiera envidiado.

—Yo no creo que haya nadie—dijo el hombre del tiro, introduciendo en la caja el cartón, avalorado con el nombre y apellido del comandante, Anselmo Verdier—que posea un cartón de más valor que este.

—¿Y qué es lo que gana con eso?—preguntó en tono de burla Germán Trouillard.—¿Un cubierto de plata? ¡Oh! ¡Eso arregla una casa!—añadió.

Y se fué entonando la canción de *La gracia de Dios*:

¡Y con la misma cuchara,
podremos comer los dos!

El comandante se alejaba ya, dejando á los espectadores asombrados de su puntería. Garousse podría decir lo que quisiera; pero los que habían presenciado el tiro pensaron que, después de todo, no se

podía jugar con un hombre que tenía tan fina puntería.

—¡Buen negocio, mi comandante!—decía Fournerel siguiendo á Verdier.—¡Esto vale más que todos los discursos de Garousse!

—Pueblo de sentimientos crueles—pensaba Ducasse.

Y Verdier se encogía de hombros oyendo la voz de Poniche, que, más ronca que antes, seguía gritando:

—¿Quién deja de leer *La Anguila de Melun?*... ¡Magnífico periódico *La Anguila*... para los unos! ¡Desesperante para los otros!... ¡Comprad, comprad *La Anguila*!

X

El comandante no quedó este día tan disgustado como el anterior. Es verdad que lo había perdido en conversaciones y charlatanerías inútiles, y que después de los certeros tiros de carabina, había tenido que sufrir en el camino nuevas preguntas, peticiones é interrogatorios interminables y absurdos. Pero si bien era cierto que volvía al castillo fatigado por la perpetua y eterna repetición de las mismas palabras y de las propias peticiones, también lo era que volvía mejor impresionado de los vecinos de Dammarie que había vuelto la víspera de los de Chailly. En Dammarie se había mostrado tal cual era en realidad, y podido decir más de cuatro verdades que le ahogaban.

La forzada y visiblemente respetuosa actitud de Garousse después de los tres blancos hechos, disparo tras disparo, por el comandante, satisfacía el amor propio de éste, que pensaba eran además una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO